

Zamorano, Eduardo
Peronistas revolucionarios. - 1a ed. - Buenos Aires : Distal, 2005.
256 p. ; 22x15 cm.

ISBN 987-502-178-4

1. Historia Política Argentina. 2. Investigación Histórica. Peronista. 3. Peronismo. I. Título
CDD 320.982 : 001.432
Fecha de catalogación: 05/05/2005

Título original: *Peronistas Revolucionarios*
Copyright de esta edición © 2005 DISTAL S.R.L.
Copyright de esta edición © 2005 Eduardo Zamorano

ISBN Nº: 987-502-178-5-4

Todos los derechos reservados
Se ha hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Prohibida la reproducción total o parcial.

Editorial Distal
Corrientes 913, (C1043AAJ)
Buenos Aires - Argentina
Tel.: 54-11-5218-3000
Fax: 54-11-5218-3001
E-Mail: editorial@distalnet.com
www.distalnet.com

Director: Julián Telías
Edición: Esteban Reynoso
Diseño: Carlos Fossatti (KAI)
Corrección: Liliana Szwarczer

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en alguna manera ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin previo permiso del editor. Todas las imágenes y textos reproducidos son copyright de sus respectivos autores o compañías y se incluyen con motivos meramente ilustrativos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Abril de 2005
Impreso en Argentina - Printed in Argentine

Eduardo Zamorano

PERONISTAS REVOLUCIONARIOS

Un análisis político del apogeo y
crisis de la organización Montoneros



CAPÍTULO DECIMOQUINTO

UN RUMBO EQUIVOCADO

En los capítulos anteriores hemos descrito la contradicción insalvable que afrontó Montoneros a partir del cambio de escenario político generado por el regreso de Perón; en este sentido, procuramos demostrar que su declinación se disparó a partir de la impotencia para adecuar al nuevo escenario la estrategia de "amigo/enemigo" que le había resultado exitosa para enfrentar a la dictadura militar.

Queda evidenciado que, tanto en su discurso como en sus hechos, Montoneros incurrió en un grave error de apreciación sobre las peculiaridades de la etapa abierta con las elecciones del 11 de marzo de 1973.

Ahora bien, como ya fuera explicitado el propósito de este trabajo no es la búsqueda de las causas profundas que determinaron estos errores tácticos de la Organización. La tarea puede considerarse cumplida con el análisis de sus equivocaciones políticas objetivas.

En consecuencia en este punto y para complementar el estudio, esbozaremos -a modo de simple conjetura- aquellas circunstancias que podrían haber gravitado en el rumbo equivocado que adoptó Montoneros después del triunfo de Cámpora.

1.- LOS LÍMITES DE LA CLANDESTINIDAD

Los miembros de la Organización prácticamente vivieron siempre clandestinos. Es cierto que en las postrimerías de la gestión lanussista, en particular después del 11 de marzo, hubo un aflojamiento de las medidas de seguridad y compartimentación, pero esta condición más flexible se extinguió junto con la "primavera" del gobierno camporista.

Debe anotarse que las represalias duras contra Montoneros comenzaron al

día siguiente del asesinato de Rucci, cuando fue ajusticiado Enrique Grinberg que lideraba la Agrupación Evita.

Es de hacer notar que, con la nueva etapa, se producía un cambio en los mecanismos represivos que acechaban a Montoneros; en efecto, durante la Dictadura, la persecución se ejercía preponderantemente a través de militares y policías; por el contrario, más allá de la animadversión que siempre existió con la dirigencia sindical, vastos sectores del Movimiento Peronista asumían una conducta complaciente con los Montoneros, la cual -en no pocas ocasiones- implicó apoyo y protección (1).

No en balde, era popular la consigna *"las casas peronistas son fortines montoneros"*. Empero, al estallar la lucha interna, el adversario pasó a ser el vecino; el peligro se alojaba en otras unidades básicas del mismo barrio; la emboscada la armaban los hasta entonces compañeros de ruta que ahora se encolumnaban en la ortodoxia.

Todo ello potenció el temor de la militancia y, consecuentemente, se volvió -e incluso más acentuadamente- a las condiciones de vida clandestina.

2.- TENDENCIA AL AUTISMO

Hemos visto (capítulo decimoprimer, punto 1) que uno de los presupuestos de lo político es el par "público/privado". Pues, en el caso de Montoneros, lo público comienza a expandirse hacia la esfera privada, íntima, de cada uno de sus militantes.

La pertenencia a la Organización no solamente supone un compromiso político y la entrega de una porción sustancial del tiempo de los integrantes; también implica una invasión a la privacidad, al punto que las vidas personales quedan fuertemente condicionadas.

Lentamente, los montoneros comienzan a encapsularse dentro de sus respectivos ámbitos.

La palabra *"ámbito"* formaba parte de la jerga interna del grupo. Así lo define Perdía (2):

"Es la estructura orgánica a la que cada uno pertenece. Ese era, a la vez, el lugar propio y común. Allí se sintetizaba la vida personal con la colectiva. Era el sitio donde se discutían y decidían desde los problemas personales hasta la estrategia política. En sus temarios aparecían tanto las características de la etapa en debate como las cuestiones de pareja, la crianza de los hijos, el trabajo, la seguridad. Se dis-

cutían las actividades específicas del área correspondiente y también se aportaba a la elaboración de conjunto. Cada ámbito era el núcleo vital de la vida del militante montonero".

Es fácil deducir las consecuencias de este tipo de hábitos de vida:

- La pérdida de la pertenencia social; salvo la familia inmediata (pareja e hijos) las relaciones parentales y sociales virtualmente se abandonan.
- Se practica una suerte de "proletarización". El militante podía estar rentado por la organización pero, en dicho supuesto, la asignación no superaba el sueldo de un obrero o empleado común. También se recomendaba -máxime a quienes actuaban en frentes sindicales- conchabarse como obreros o empleados para participar de las vivencias de la clase social que debía liderar la revolución; era frecuente, asimismo, que muchos militantes que percibían ingresos relativamente elevados "socializaran" una parte de los mismos en favor del grupo.
- Había presiones para que cada integrante tratara de incorporar a sus parejas a la organización. Las razones del pedido se vinculaban no sólo al fortalecimiento del compromiso a partir de una causa común con la persona más cercana, sino prioritariamente a la seguridad del conjunto. Ello, por cuanto una pareja no compenetrada con las pautas de autoprotección que imponía la actividad clandestina, podía convertirse, quizás involuntariamente, en una fuente de filtraciones en favor del oponente. En la misma dirección se preconizaba la fidelidad matrimonial como una virtud militante, desalentándose (aplicándose incluso sanciones) los vínculos paralelos.
- Por similares motivos, se despreciaba el psicoanálisis, el cual era caracterizado como una modalidad decadente y superflua. En todo caso, se propalaba que las reuniones de ámbito funcionaban como una terapia de grupo más provechosa, segura, y hasta gratuita.
- La interacción permanente con quienes sustentan las mismas ideas y están imbuídos en una idéntica línea política, empobrece el pensamiento crítico favoreciendo las visiones sectarias de la realidad.

3.- PROBLEMAS DE LIDERAZGO

Nos resta considerar el presupuesto "mando/obediencia."

Montoneros comenzó a experimentar una crisis de liderazgo como resultante de las circunstancias que seguidamente consignaremos.

Hasta el 20 de junio de 1973, sin mengua de su estructura operativa descentralizada, Montoneros reconocía el liderazgo de su conducción nacional; obviamente se reconocía a Perón como máximo conductor y referente, pero ello transitaba básicamente por el plano emotivo y no afectaba su autonomía operativa; así: Montoneros ejecutó a Aramburu, y luego preguntó a Perón si el hecho contrariaba sus planes.

La presencia de Perón en el país y, para colmo, desarrollando una línea política opuesta a la Conducción Nacional conflictuaba a la militancia. Se verificaba un fenómeno de doble autoridad que no tardaría en producir repercusiones concretas (3).

Las fusiones con otras organizaciones verificadas a fines de 1972 y 1973 alteraron el orden jerárquico que se resguardaba hasta ese momento.

En general, los primeros montoneros progresaban dentro de la organización en base a condiciones tales como: compromiso, dedicación, valentía, disciplina y, muy especialmente, capacidad política.

Un jefe montonero debía "saber hacer política", lo cual sintonizaba con una organización en cuya cima operaba un político visceral como Perón.

Pero el vertiginoso crecimiento trajo consigo la incorporación de cuadros militares con "background" adquirido en otros grupos, cuyas habilidades deslumbraban a la conducción. Se dio entonces una situación de malestar entre los militantes originarios de Montoneros que resultaban desplazados por los provenientes de otros núcleos, máxime cuando las promociones se basaban en la tradición "fierrea" por sobre la experiencia política.

"Lo militar llega ser visto como algo necesario entre muchos de ellos. Han entrado en la lógica de la guerra y ya no pueden volver atrás. Por más dispuestos que estuvieran los militantes para hacer política, al terminarse la política, al ganar la lógica de la guerra sobre el terreno de la política, no quedan muchas alternativas. La polarización dejaba poco espacio para la política. En realidad el dilema era: irse o quedarse, con lo que ello implicaba en términos de vida o muerte" (4).

Otro elemento de escozor resultó de la adopción del centralismo democrático para la toma de decisiones.

Ello, en un plano teórico, hubiera implicado que la línea política de la organización se elaboraba por su conducción nacional, pero recibiendo las orientaciones y planteos que proponían los militantes en las múltiples reuniones de ámbito.

Si alguna vez funcionó de esta manera, al comenzar la confrontación con la ortodoxia y aparecer la amenaza de los parapoliciales, quedó muy poco margen para atender los debates y propuestas de las bases. El centralismo se exacerbó notoriamente, y lo democrático quedó para mejor oportunidad.

Por último el número uno de Montoneros, Mario Firmenich, no llenaba las exigencias de liderazgo que demandaba la militancia. (5)

Una vez más, debemos puntualizar el fenómeno de las fusiones, en especial la más importante en términos cuantitativos, con las FAR. La gente de las FAR venía de un marxismo-leninismo más riguroso, y guardaba ciertas reservas por el pasado tacuarista y el fervoroso cristianismo que declamaba Firmenich.

Por contraste, la desconfianza en el líder no se verificaba en el PRT-ERP, cuyos integrantes profesaban una admiración incondicional por Mario Roberto Santucho, tanto por sus dotes de ideólogo como por su capacidad militar.

4.- RADICALIZACIÓN POLÍTICA

Desde la conformación del grupo fundacional que ejecutó a Aramburu y copó La Calera, mucha agua corrió bajo el puente.

En varios tramos de este trabajo, hicimos hincapié en el rotundo crecimiento de la Organización, lo cual se concretaba a través de fusiones orgánicas y febrilmente negociadas -como en el caso de FAR-, pero también con la paulatina incorporación de grupos menores (Descamisados, Guerrilla del Ejército de Liberación-GEL, etc.), desprendimientos de otras guerrillas (Fuerzas Armadas Peronistas-17 de Octubre), y obviamente personas que eran reclutadas en forma individual.

Así, a mediados de 1973, de este modo se integraba la máxima Conducción

montonera:

- 1.- Mario Eduardo Firmenich
- 2.- Roberto Cirilo Perdía
- 3.- Roberto Quieto
- 4.- Carlos Hobert
- 5.- Raúl Clemente Yaguer
- 6.- Julio Roqué
- 7.- Horacio Mendizábal
- 8.- Marcos Osatinsky
- 9.- Fernando Vaca Narvaja
- 10.- Norberto Habegger.

Solamente Firmenich pertenecía al grupo fundador; Vaca Narvaja, Perdía, Yaguer se incorporaron con posterioridad; Mendizábal y Habegger venían de Descamisados; Hobert de la Juventud Obrera Católica; Quieto, Roqué, y Osatinsky de la FAR.

Esta conducción mixta e ideológicamente policroma coincidió con una radicalización política, que se visualiza en estos elementos:

- Se adopta la forma de "Partido" al estilo leninista, abandonando el formato de Organización político-militar exhibido hasta ese momento. Ello tendía a la militarización, ya que se seguía el concepto de los partidos marxistas revolucionarios de otras latitudes; esto implicaba asumirse como "partido de vanguardia", lo cual le hacía perder flexibilidad máxime en una etapa tan peculiar como la que se estaba transitando.
- Se proclama como contradicción principal "Imperialismo/Nación", lo cual era más difícil de internalizar por las amplias franjas populares que la posición que se había difundido durante el período anterior "Dictadura/Democracia". Para colmo, en la práctica concreta, la dialéctica que ocupaba todos los espacios era "patria socialista/patria peronista", llenando de perplejidad y desconcierto a las bases.
- En los documentos internos, se utilizan los conceptos del marxismo dogmático y el empleo de categorías militares para describir fenóme-

nos políticos.

5.- LAS TENSIONES INTERNAS Y EXTERNAS

Debe recordarse que Montoneros estaba traccionado desde varios cuadrantes. Por una parte, el PRT-ERP también crecía en número, capacidad militar, y prestigio entre los sectores pro-guerrilla. El giro a la derecha de Perón, favorecía objetivamente la percepción del discurso rígido y lineal de los erpianos (6).

Desde el propio peronismo, los núcleos alternativistas (FAP; Peronismo de Base) cuestionaban a Montoneros su seguidismo a Perón, y proponían una absoluta autonomía del líder.

La columna montonera José Sabino Navarro, con base en Córdoba, ya se había emancipado de la conducción nacional.

Es arduo determinar cuál de los factores enumerados en este capítulo gravitó, con mayor fuerza, en los errores montoneros; pese a ello, es fácil deducir que se retroalimentaban constantemente, conspirando para restar lucidez y equilibrio a la conducción.

Así, imaginamos que las exigencias de la clandestinidad imponían un blindaje a los miembros de la organización, especialmente a su dirigencia, que estimulaba las visiones sectarias de la realidad que llevan finalmente al autismo político.

De igual forma, la acentuación del militarismo en detrimento del trabajo político, así como la adopción del centralismo democrático para manejar el grupo, producen un distanciamiento entre las bases y la cúpula. A esto se suma a la coexistencia de núcleos con diversa extracción ideológica fruto de las fusiones; para recomodar estos trastornos de crecimiento se exige un fuerte liderazgo que, posiblemente, no estuvo a la altura de las circunstancias.

Por último, las tensiones internas y externas, en escenarios políticos de excepcional dinamismo, pudieron derivar en un diseño táctico desafortunado (7).

CAPITULO DECIMOSEXTO

LA ALTERNATIVA

Hemos realizado una descripción de las condiciones externas e internas bajo las cuales creció y se desarrolló Montoneros; también abordamos sus raíces ideológicas y la metodología de lucha adoptada. Igualmente, analizamos los aciertos que favorecieron su encumbramiento, y los yerros que precipitaron su declive.

Desde el marco teórico concernido en este trabajo -el factor político como elemento rector en la evolución de la Organización-, a mediados de 1973 se verifica una situación paradójal: Montoneros alcanza un momento de fuerte inserción popular, pero simultáneamente comienza su decadencia.

Se objetará esta conclusión sobre la base de que, con posterioridad a ese momento, se concretaron hechos tales como: incremento del número de militantes y adherentes; avances cualitativos en sus operaciones militares; engrosamiento de sus finanzas a partir de secuestros extorsivos de significación; consolidación de sus vínculos internacionales; etc.

Nos apresuramos a consentir la exactitud de estos parámetros sin mengua de ratificar que no contradicen ni debilitan nuestra hipótesis.

1.- ERRORES ESTRATÉGICOS

Acudimos al almirante Collins (1) para evidenciar -contrastando la conducta de Montoneros con los principios básicos de la estrategia- que después de Ezeiza era previsible la derrota.

FLEXIBILIDAD ("reconocer la inevitabilidad del cambio en los propósitos, políticas, planes y procedimientos")

Montoneros no pudo dimensionar adecuadamente la tremenda significación que, para la masa peronista, tuvo el regreso de Perón y su posterior elevación a la presidencia del país. El grupo había nacido levantando banderas

de lealtad incondicional al viejo caudillo, glosaba sus frases como verdades reveladas, y veneraba su pensamiento con visos de "infallibilidad papal"; en ese marco, resultaba incomprensible para ese pueblo la negativa a deponer las armas y la reticencia a encuadrarse a sus directivas.

De esta manera, su histórica "perondependencia" se convirtió en un serio escollo para los afanes movimientistas de Montoneros. Ahora el líder se volcaba abiertamente por la ortodoxia, marcaba el territorio ideológico "a las veinte verdades peronistas", lucía orgulloso su uniforme de general del Ejército, recibía con calidez a los vituperados burócratas sindicales, y para colmo se dejaba entornar por su Secretario privado y ministro de Bienestar Social, José López Rega, de quien la izquierda peronista sospechaba inequívocas posturas ultraderechistas.

A pesar de la espinosa encrucijada, la *flexibilidad* aconsejaba asumir el cambio de escenario y replegarse. En concreto, acatar la verticalidad en la conducción de Perón con un mínimo de crítica, y por sobre todo respetar el nuevo marco de legalidad.

UNIDAD ("comprende la solidaridad de propósitos y esfuerzos")

Montoneros empezó a ser jaqueada desde frentes diversos.

En primer lugar, los sindicalistas ortodoxos comenzaron a replicar las agresiones que venían sufriendo (recordemos que Montoneros había "ejecutado" a Vandor, Alonso, Coria, Kloosterman, entre otros); se constituyeron fuerzas de choque (Comando de Organización, Juventud Sindical Peronista, etc.) para represaliar a los militantes identificados con Montoneros. Los ataques ya no venían del Ejército o la Policía, sino de los propios "compañeros" del movimiento.

En segundo término, el ERP seguía con sus acciones e incluso, en fecha reciente, había producido el copamiento del Comando de Sanidad del Ejército ubicado en pleno centro de Buenos Aires.

La guerrilla erpiana nunca tuvo mayor inserción popular aunque la militancia izquierdista la admiraba por su audacia y disciplina. En este sentido, el despliegue del ERP traccionaba para que Montoneros siguiera la lucha, colocándolo en el riesgo de sufrir un drenaje de adherentes hacia aquella organización.

Finalmente, debe reiterarse que en este tiempo se concretó la fusión con FAR, que sumó hombres y armamentos pero produjo algunas fisuras en los enfoques de la cúpula del nucleamiento. A medida que Perón se endurecía, eran mayores las presiones internas para producir un distanciamiento del líder y ratificar la orientación del socialismo nacional.

INICIATIVA ("las operaciones ofensivas son las más efectivas para alcanzarla y mantenerla")

Remitimos a lo dicho en el punto anterior, en cuanto tanto desde la derecha (Perón y los sectores ortodoxos) como desde la izquierda (el ERP) comenzó una ofensiva que desdibujó el rol de Montoneros ante sus propios militantes y, fundamentalmente, de cara al movimiento peronista.

SORPRESA ("puede cambiar el equilibrio del poder en forma decisiva, facilitando el camino hacia victorias que pueden estar completamente desproporcionadas en relación con los esfuerzos realizados")

La irrupción de Montoneros en la escena política fue impactante. Más allá de la repulsa moral que suscita, el asesinato de Aramburu fue un golpe de efecto magistral. Todo fue absolutamente adecuado: elección del blanco, oportunidad, proyección política, y por cierto, factor sorpresa. Piénsese que un grupo de veinteañeros inexpertos -más cerca de la atmósfera artliana de "Los siete locos" que de la épica leninista- mantuvo en vilo al país, catalizó bajo su mando a las células guerrilleras dispersas, jaqueó al poder militar para forzar el regreso de Perón, y obtuvo el respeto del vasto Movimiento en que se insertaba.

Pero la concreción del largo anhelo, mostró el anverso de todas las cartas. Ya todo fue previsible.

MORAL ("un estado mental. Es firmeza, determinación, coraje, y esperanza")

La mística montonera se alimentaba de una serie de presupuestos que lentamente fueron derrumbándose.

- ¿Cuál es la moral de los soldados repudiados por su general?

La patética escena de jóvenes militantes desencajados, retirándose de la Plaza de Mayo entre insultos y lágrimas, luego que su Conductor los motejara de "imberbes e irresponsables" es un símbolo cruel del quiebre moral de la Organización. Era un dato obvio que no podían disimular circunstanciales éxitos en el terreno militar.

El estudioso norteamericano John Pimlott (2) refiere un diálogo entre el intelectual peronista Rodolfo Puiggrós y su hijo que ilustra, dramáticamente, la encrucijada que Montoneros equivocó. Es casi una metáfora de la tragedia en ciernes:

"A mediados de 1974, la Juventud Peronista había mantenido un diálogo con Perón, en la residencia de Olivos, en una búsqueda desesperada por recomponer sus deterioradas relaciones.

Puiggrós charlaba con el cronista en su sala biblioteca. Hablaba de esperar una situación favorable, esgrimiendo muchas veces pensamientos de Mao. No confiaba en la reunión de Olivos sobre todo por la fuerza que había tomado en el gobierno la derecha del peronismo, que tenía en José López Rega su máxima expresión.

De pronto entró su hijo, un muchacho de 21 años, recién casado. Era uno de los activistas montoneros y regresaba de Olivos.

- Papá, le dimos la espalda al Viejo y nos fuimos de la reunión.

Lo dijo casi con júbilo. Puiggrós no compartió el júbilo. Por el contrario, con su voz baja y formal le hizo una pregunta.

- Y ahora ¿qué?

No hubo respuesta. Se la dió el propio Puiggrós. Fue una lección breve y concreta de estrategia política, contraria a los revolucionarios apresurados.

- En Argentina y en este tiempo, no hay campo de acción fuera del peronismo.

- Y ¿qué íbamos a hacer si Perón no quiere cambiar a ninguno de sus gorilas, papá? le replicó el chico.

- Cambiar ustedes. Buscar otras caras y otra gente para volver a negociar. En política no hay situaciones congeladas. Ni López Rega ni sus fascistas son permanentes.

El muchacho cortó allí la charla. Puiggrós también. Fue un breve diálogo premonitorio.

El hijo de Puiggrós fue muerto en la lucha antisubversiva. Don Rodolfo Puiggrós se debió exiliar en México, donde falleció. ”

Ahora bien ¿existía alguna alternativa para sortear la debacle ? ¿Cuál era el camino adecuado ante el nuevo escenario abierto el 11 de marzo de 1973? ¿Era factible compatibilizar el proyecto estratégico de Montoneros con el modelo que comenzaba a esbozar Perón?

Para finalizar este trabajo, intentaremos alguna respuesta a estos interrogantes.

El escenario político argentino posterior a mayo de 1973 se presentaba complejo; en él interactuaban varios actores con intereses diversos y hasta contradictorios.

A riesgo de simplificar, puede mencionarse en primer lugar a los grandes titiriteros de la guerra fría: EE. UU. y la URSS; también enumerar los actores internos: Perón y la ortodoxia justicialista; los partidos políticos no peronistas, ajenos a la coalición gobernante (FREJULI), el establishment económico-financiero; los sindicatos; el empresariado nacional; la Iglesia Católica; las Fuerzas Armadas; el Ejército Revolucionario del Pueblo; y por supuesto Montoneros.

El “interés” de Montoneros era hegemonizar el movimiento peronista para imponer un modelo nacional con estas características centrales e inmediatas: amplia presencia del Estado en la economía; fuerte redistribución de la renta y política exterior tercermundista; ello, como primera etapa de un proceso orientado a la implantación de un esquema socialista.

En términos de magnitud, se trataba de un interés vital para la Organización. Es sabido que los “intereses” pueden estar en “cooperación” (coincidencia o compatibilidad en los objetivos), “competencia” (contradicción circunstancial pero susceptible de alguna forma de composición), y “conflicto” (antagonismo insalvable) (3).

Obviamente este interés colocaba a Montoneros en conflicto insalvable con varios de los actores que hemos aludido: EE. UU., Perón y la ortodoxia partidaria el establishment económico financiero, y la gran mayoría de las Fuerzas Armadas.

Sin embargo la situación era dinámica y cambiante respecto de los otros actores.

Así, con los sindicatos podía evitarse el conflicto, discurriendo entre la competencia y una cierta cooperación; en efecto, si bien los gremios competían con Montoneros por el predominio dentro del movimiento, podían cooperar en torno a un programa nacional mínimo.

Lo mismo puede predicarse sobre la Iglesia Católica: existía un estado de conflicto con el grueso de la jerarquía y los capellanes militares, de competencia con algunas congregaciones conservadoras (por ejemplo, el Opus Dei), pero de notoria cooperación con numerosos sectores de base y tercermundistas. A esta simpatía colaboraba el hecho de que Montoneros, a diferencia de otras guerrillas marxistas, no cultivaba el anticlericalismo.

Rota la alianza con Perón, era imprescindible construir una entente con otros actores para insertarse en la nueva coyuntura (ver capítulo decimotercero, punto 1).

En este sentido, una maniobra de acercamiento a los sectores afines de los actores aludidos hubiera evitado el aislamiento político y, como objetivo paralelo, dificultado la simétrica unidad de aquéllos contra la organización.

Sin perjuicio de la existencia de un campo favorable a los acercamientos hacia varios actores, nos parece que las condiciones objetivas aconsejaban explorar prioritariamente una alianza con los grupos nacionalistas y profesionalistas de las Fuerzas Armadas, particularmente del Ejército.

Freund (obra citada, páginas 591/2) acepta la flexibilidad de las alianzas, *“de modo de utilizar la diversidad de los intereses y hasta la inestabilidad misma de las relaciones políticas, para descubrir puntos de contacto y aumentar la posibilidades de acuerdo. Lo importante es comprender que no hay alianza perpetua; el enemigo de ayer puede ser el amigo de mañana y viceversa. Todo depende del desplazamiento de la relación de fuerzas. En otros términos, la variación en las alianzas de una misma unidad política es siempre función de la amenaza presente; no hay enemigo hereditario”*.

En los tramos posteriores de este capítulo, desarrollaremos esta idea.

2.- PERONISMO Y FUERZAS ARMADAS

En otros pasajes de este estudio, recordamos que el 16 de setiembre de 1955 un golpe cívico-militar derrocó al gobierno peronista. En el elenco

revolucionario confluía todo el arco opositor: conservadores, nacionalistas, clericales, liberales, radicales, y hasta izquierdistas. Pero en lo tocante al componente militar del elenco golpista, era dable distinguir un sector "nacionalista-católico" referenciado en el general Eduardo Lonardi, y otro "conservador-liberal" que reconocía como líder a Aramburu dentro del Ejército, pero que fundamentalmente se apoyaba en la Armada (4).

Originalmente, pareció predominar el grupo de Lonardi, quien asumió la primera magistratura con una consigna paradigmática: *"Ni vencedores ni vencidos"*.

Esta frase simbolizaba el sentimiento de gruesas franjas del Ejército, muy especialmente de vastos contingentes de suboficiales, que simpatizaban con Perón o, cuando menos, veían con buenos ojos los acentos sociales y nacionalistas del régimen.

Poco después, una maniobra palaciega -usufructuando los rumores sobre la grave enfermedad que se había detectado en Lonardi-, impuso la línea del antiperonismo cerril que profesaban el almirante Rojas y la Marina.

Fue recién a partir de este momento que se inició, con énfasis furibundo, el proceso de *"desperonización"* de la sociedad en general, y de las fuerzas armadas en particular.

Pasaron a retiro numerosos oficiales superiores y suboficiales sospechados de inclinaciones favorables a Perón -y en algunos casos por haber exhibido simplemente apego a la legalidad-. De manera paulatina pero firme, los cuadros de las fuerzas armadas fueron absorbiendo las vertientes antipopulares que hemos descripto en el capítulo primero.

El perfil del militar comenzó a presentar estos rasgos: catolicismo integrista, discreta admiración por el modelo norteamericano, y un anticomunismo visceral.

Empero, las corrientes nacionalistas -reticentes al perfil antedicho-, aunque minoritarias, sobrevivieron en el seno de la corporación armada.

Hemos visto en el capítulo noveno la patriada del general Valle en 1956; también debe memorarse, dentro del período bautizado como "La resistencia", la intenciona del general Iñiguez en 1960 en Rosario al ocupar el Regimiento de Infantería General Las Heras. En la acción estuvieron involucradas más de cuatrocientas personas, en su gran mayoría civiles. El ataque sorpresivo permitió la apropiación de numerosas armas y la toma parcial de las instalaciones pero, como en el resto del país el levantamiento

planeado no cuajó, la iniciativa fue abortada; muchos de sus protagonistas escaparon y otros debieron rendirse al verse cercados. En el copamiento murió un oficial, de gran predicamento entre sus camaradas, el coronel (RE) Julio Argentino Barredo.

Nueve años después, en pleno Onganiato, los generales Labanca y Uriburu realizaron un *putsch* que no llegó a prosperar, pero que también contenía proclamas de corte nacionalista. Una orientación similar tuvo el levantamiento, ya en 1972 con Lanusse como presidente de facto, de los Regimientos de Caballería Nro. 10 (Azul) y Nro. 2 (Olavarría), encabezados por los coronels Fernando de Baldrich y Florentino Díaz Loza, respectivamente. (5)

Con posterioridad al Aramburazo y al auge de movilizaciones que se desató en los estertores de la Revolución Argentina, se pusieron en evidencia inquietudes y hasta conatos de rebeldía en oficiales jóvenes que no eran insensibles a la efervescencia política que cubría la sociedad.

En este sentido, los tenientes primeros Licastro y Fernández Valoni- ambos de brillantes antecedentes- fueron dados de baja por "excesiva politización". Ya fuera de la institución, se integraron al peronismo y produjeron documentos de gran lucidez.

"Entre las posiciones liberal o nacionalista, que con sus respectivos matices metodológicos explicitarían las ideologías dominantes a nivel de oficiales superiores, debe reconocerse una tercera posición representada por la proclividad en el seno de la oficialidad joven para entender el proceso profundamente nacional y liberador de la revolución justicialista. Precisamente, del desarrollo cualitativo y cuantitativo de ese sector de oficiales, ubicados de hecho en la retaguardia del poder militar y en la línea álgida de su reserva generacional, dependerá que se produzcan meros golpes, o que, por el contrario, se cuente con una fuerza objetivamente aliada para un proceso revolucionario de restitución de la soberanía popular por cualquier vía (cruenta o incruenta)". (6)

Además de oficiales y suboficiales de filiación nacionalista, también existieron algunos antecedentes de radicalización más concreta. Nos referimos, entre otros, al episodio acontecido -vaya paradoja- en la Escuela de Mecánica de la Armada-ESMA en noviembre de 1972, en oportunidad del "primer regreso" del general Perón.

Es de recordar que las autoridades militares, si bien no prohibieron explícitamente la llegada del líder exilado, bloquearon la posibilidad de que sus partidarios se acercaran a Ezeiza para tributarle un recibimiento acorde a las demoradas expectativas.

Consecuentemente, un guardiamarina, de revista en la ESMA, sublevó su unidad con apoyo de un conjunto de suboficiales acaudillados por el cabo Juan Domingo Tejerina.

El bisoño oficial se llamaba Julio César Urien, y tenía un contacto con Montoneros; lamentablemente para sus planes, el contacto resultó una suerte de "doble agente" que funcionaba como informante del Servicio de Informaciones de la Fuerza Aérea-SIF; obviamente, los aviadores alertaron a sus pares de la Armada, y la intentona se frustró.

Ello no obstante, los amotinados lograron salir del predio de la Escuela, y se desplazaron con armamento capturado hasta la plaza central de Lomas de Zamora, sitio en que -teóricamente- debían confluir con columnas montoneras que nunca aparecieron.

Urien terminó en el Penal de Magdalena y fue dado de baja, pero el acontecimiento demuestra que el estado de ánimo de ciertos sectores de oficiales y suboficiales era compatible con un trabajo de acercamiento y captación por parte de Montoneros.

3.- CORRIENTES PERUANISTAS Y LEGALISTAS

A comienzos de la década del setenta, algunos países latinoamericanos experimentaron un fenómeno político singular: los sectores castrenses que, pocos años antes, habían combatido los focos guerrilleros rurales inspirados y comandados por el Che, ahora ocupaban el poder estatal en sus respectivos países y, desde allí, propiciaban reformas económicas y sociales que hubieran arrancado una sonrisa irónica al legendario comandante.

Este proceso arrancó en Perú, hacia 1969, con la llegada al gobierno, ciertamente por la vía de un golpe contra el presidente Belaúnde Terry, del grupo militar liderado por el general Juan Velasco Alvarado.

Los uniformados peruanos sorprendieron al mundo con una serie de medidas francamente inesperadas habida cuenta sus antecedentes: reforma agraria, monopolio estatal sobre la pesca, nacionalización del petróleo y de las minas de zinc, expropiación de la compañía estadounidense Gulf Oil, rígido control de cambios para evitar la fuga de divisas, etc.

Cabe aquí admitir una digresión.

En Argentina, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, los sectores progresistas poseen una percepción fuertemente crítica de los militares; se los asocia, no sin razón, con posiciones políticamente reaccionarias y proclives a la subordinación de las directivas del Pentágono y la CIA. Ello se conecta al desempeño antipopular de los elencos golpistas que debutaron en setiembre de 1955, se prolongaron en las veleidades cesaristas de Onganía, y culminaron en el horror del Proceso.

Sin embargo, el tema merece algunas matizaciones.

Los militares progresistas que acompañaron las reformas de Velasco Alvarado no surgieron de un repollo, y reconocían algunos antecedentes en Latinoamérica.

En Argentina, el peronismo germinó en una logia de oficiales, aunque alcanzó su pleno desarrollo al nutrirse del movimiento obrero.

Asimismo, en la década del veinte se verificó en Brasil la denominada "Revolución de los Tenientes". Contingentes de oficiales jóvenes de sublevaron contra la jerarquía, e iniciaron una especie de marcha por el interior de Brasil recogiendo diversas muestras de adhesión a sus propuestas de cambios sociales redistribucionistas. El referente principal de la revuelta fue el capitán Luis Carlos Prestes, quién posteriormente adhirió al Partido Comunista. No se trataba de un movimiento monocolor; confluían en él sectores nacionalistas que admiraban a Mussolini y Primo de Rivera; grupos que defendían una suerte de laborismo moderado -los cuales preanunciaban el varguismo que emergería poco después-; y también aquellos próximos al marxismo.

El "tenentismo" se mantuvo activo hasta la aparición de Getulio Vargas, quien levantaba banderas afines. Muchos de sus cuadros más lúcidos nutrieron los gabinetes de Vargas.

Ya en plena guerra fría, aparece en Egipto la figura carismática del coronel Gamal Abdel Nasser. Salvando las distancias, podríamos afirmar que el menecado "socialismo nacional" que soñaban los Montoneros se emparentaba fuertemente con la línea de gobierno impulsada por Nasser.

En primer lugar, despertó el orgullo árabe al nacionalizar el Canal de Suez, resistiendo la agresión que sobrevino a esta medida por parte de Francia, Inglaterra e Israel.

En segundo término, fue inspirador y fundador del llamado "Movimiento de los Países No Alineados" que planteaba una alternativa digna al embloqueamiento que EE. UU. y la URSS imponían al mundo.

En el plano interno, obtuvo que la Asamblea Egipcia aprobara la "Carta nacional de principios socialistas" que representaba una nueva Constitución con un sesgo político de avanzada. El país era gobernado a través de un partido único, la "Unión Socialista Árabe", y contaba con un fuerte apoyo de la Unión Soviética; sin embargo, los comunistas no integraban esta coalición y Nasser los mantenía a raya de su gobierno.

Este esquema "tercerista" caló profundo en algunos sectores militares latinoamericanos, balanceando el predominio de la Doctrina de la Seguridad Nacional propiciada por EE. UU. Se trataba de crear movimientos políticos revolucionarios que tuvieran como eje a las fuerzas armadas, con fuerte apoyo de masas, e independientes de las potencias dominantes.

Cerrando, pues, este necesario paréntesis, el peruanismo no era un fenómeno excepcional, y se conectaba con los precedentes que hemos expuesto. Además de la experiencia velasquista, procesos similares se abrieron en Bolivia con el general Juan José Torres (1971), y en Panamá con el general Omar Torrijos (1970).

Bajo una perspectiva diferente (aunque no antagónica) de aquella que guiaba a los peruanos, en otros escenarios comenzaba a cuestionarse desde el propio seno de las instituciones castrenses el intervencionismo que había caracterizado la década anterior, favoreciendo la aparición de corrientes "legalistas" o "profesionalistas", en función de las cuales las fuerzas armadas debían replegarse a sus tareas específicas y ser respetuosas de las instituciones constitucionales.

Esta tendencia parecía afirmarse en la compleja experiencia chilena, donde un gobierno claramente socialista ocupaba el Estado a través de un procedimiento electoral, pacífico y democrático. Sectores internos anticomunistas, con apoyo de la CIA, intentaron abortar el proceso e impedir que Salvador Allende asumiera la primera magistratura; tropezaron con la férrea oposición del Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, quien defendió el principio de legalidad. Esa conducta ética le costó la vida, ya que murió en un atentado que perseguía el doble propósito de eliminar un sólido escollo para planes de desestabilización posteriores, y crear un clima de caos en la institución armada que bloqueara la llegada al gobierno del dirigente de la Unidad Popular.

Tiempo después, los conspiradores tuvieron éxito y derrocaron a Allende; en esa oportunidad, también existió -aunque insuficiente- la resistencia de sectores legalistas encabezados por el General Carlos Prats. En el marco del "Plan Cóndor", Prats y su esposa fueron muertos en Buenos Aires, víctimas de un atentado dinamitero.

4. - LA PRIMAVERA DE CARCAGNO

Las influencias de los sucesos y corrientes de pensamiento enumeradas en los puntos 1 y 2 de este capítulo se reflejaron en las fuerzas armadas argentinas, especialmente dentro del Ejército (7).

Así, al tiempo de asumir Héctor Cámpora como presidente, podían visualizarse estas líneas -con sus correspondientes distinguos internos- dentro de la institución.

Una corriente "lanussista" que era predominante a nivel de generalato y particularmente en el arma de Caballería. Este sector había impulsado la salida constitucional y la celebración de elecciones, pero sangraba por la herida de no haber obtenido su objetivo de máxima según lo viéramos en el capítulo décimosegundo de este trabajo.

En efecto, habían naufragado los planes de entronizar un presidente afín a las fuerzas armadas y, por el contrario, el encumbramiento de Cámpora -con fuerte presencia montonera en su gobierno- era visto con sumo recelo por estos oficiales. El lanussismo apoyaba la lucha emprendida contra la guerrilla desde 1970, y vio con estupor la medida de amnistiar a los combatientes condenados por el fuero federal antisubversivo.

Con todo, debe consignarse que dentro de este grupo había matices. Un sub-sector, referenciado en el general Tomás Sánchez de Bustamante, se mostraba más recalcitrante e incluso había amagado con no entregar el gobierno al presidente electo.

En tanto, otro núcleo, acaudillado por el general Alcides López Aufranc, mostraba mayor tolerancia y se opuso de plano a dicha iniciativa.

Un conjunto de generales del arma de Infantería, así como también oficiales superiores y subalternos, ostentaba una postura "profesionalista". Ello significaba privilegiar la subordinación al poder constitucional por sobre cualquier consideración de tipo ideológico o político. No eran antiperonistas.

tas y, en algún caso, mostraban sesgos populistas (caso del general Carcagno, que luego veremos en detalle).

Finalmente, existía un grupo "nacionalista" que integraban oficiales superiores que simpatizaron con las intenciones de Labanca, y los episodios de Azul y Olavarría. Se trataba de pocos oficiales superiores, pero la tendencia aumentaba entre oficiales subalternos y suboficiales.

De igual modo, surgían distingos que conspiraban contra la homogeneidad del sector.

Existía un sub-sector ortodoxo, proclive al catolicismo integrista, que veía un peligro cierto en las agrupaciones guerrilleras y consideraba la necesidad de una alianza circunstancial con la derecha peronista para neutralizar esa amenaza.

También aparecía otro sub-sector "antimperialista" con proclividad a las posiciones que expresaba el Secretario General del peronismo, Abal Medina, o el ex-teniente Licastro desde el "Comando Tecnológico"; también podrían incluirse aquí un grupo de ex-coroneles que luego fundarían el denominado "Centro de Militares para la Democracia Argentina-CEMIDA" (8) y los oficiales que simpatizaban con la línea editorial de la revista "Estrategia" inspirada por el general Guglielmelli.

Luego de un arduo debate, el nuevo gobierno optó por designar al General Jorge Raúl Carcagno como comandante en jefe del ejército, y al veterano dirigente Angel Federico Robledo como ministro de Defensa.

De esta forma, se nombró al general de división más moderno lo cual implicó el pase a retiro de la cúpula lanussista.

El militar contaba con el respaldo inicial de Perón, quien en carta a Abal Medina había expresado:

"... lo más prudente sería una solución intermedia (...) todo dependería de hablar con el general Carcaño (sic) y comprometerlo que, con un buen ministro de defensa que lo vigile de cerca, no tendrá más remedio que cumplir o ser relevado" (9)

El elegido había realizado una buena carrera, aunque estaba lejos de ser brillante. En 1968, cursó el primer año del doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad católica Argentina que debió interrumpir por su designación en Córdoba.

Allí le tocó enfrentarse con la insurrección popular -"Cordobazo"- que con-

sideramos clave en el proceso de radicalización que estamos estudiando (ver capítulo noveno). Como sucedió con Velasco Alvarado y Torres, el represor de la pueblada luego mutó hacia posiciones relativamente cercanas a las consignas del suceso que conjuró.

Carcagno contaba con el asesoramiento del coronel Juan Jaime Cesio, quien además había sido su instructor de paracaidismo. Cesio era una *rara avis* dentro del Ejército; hasta 1970 no se le conocían opiniones políticas definidas, pero luego de actuar -hacia 1970- como agregado militar en Francia, retornó con posturas sumamente progresistas, bastante audaces habida cuenta la institución que lo albergaba, y su jerarquía dentro de ella.

Desde el comienzo de su gestión, Carcagno dio sobradas muestras de querer imprimir un giro copernicano en la imagen de la Fuerza.

En su discurso del 29 de mayo de 1973 (Día del Ejército, y aniversario del "aramburazo") puso énfasis en sus convicciones democráticas y la completa subordinación al orden constitucional.

También planteó la necesidad de proceder al retiro de las misiones militares permanentes (americana y francesa) con sede en el Comando en Jefe, por reputarlas innecesarias. Ello se complementaba con su manifestación acerca de que las agresiones externas que acechaban al país no eran tan sólo militares, sino también económicas y provenían desde los centros occidentales.

Si estos conceptos eran sorprendentes, mucho más lo fue la posición que se desarrolló en la X Conferencia de Ejércitos Americanos celebrada en Caracas, Venezuela. Allí Argentina, por mandato de Carcagno, postuló:

- La subversión desaparecerá al remover las causas políticas, económicas y sociales que la generan.
- El Ejército debe cambiar su imagen de "guardia pretoriana de un orden injusto".
- Los ejércitos, dentro de su competencia, deben alinearse al lado de los gobiernos que resistan un modelo internacionalmente diseñado para beneficio de las naciones opulentas.
- Los patrones de consumo de los pueblos no deben ser impuestos por quienes dominan las técnicas productivas.

Dado que la moción argentina no prosperó, y sí la respaldada por EE. UU. y expuesta por Brasil (continuidad de la Doctrina de la Seguridad Nacio-

nal), Carcagno recomendó al gobierno peronista no concurrir más a las próximas conferencias.

5.- EL OPERATIVO DORREGO

En octubre de 1973, se realizó el emprendimiento más ambicioso para promover un acercamiento entre el ejército y los sectores revolucionarios del peronismo.

El pretexto para la audaz empresa fueron las inundaciones que afectaron gravemente vastas zonas de la provincia de Buenos Aires; con miras a brindar ayuda a los pobladores afectados se montó una campaña para la realización de diferentes obras y servicios, a cargo de efectivos del ejército y contingentes de la Juventud Peronista, que en aquél momento se designaba como *"de las Regionales"* (respondía a Montoneros) para diferenciarla de otros grupos que, bajo igual denominación, se alineaban con la derecha sindical, o bien no acataban las directivas de la organización.

El evento se llamó: *"Operativo Dorrego"*, y fue concebido por el coronel Cesio. El militar se reunía frecuentemente con la cúpula de la "JOTAPE" que integraban Gullo, Lizazo, Afión, etc. El ejército afectó 5.000 hombres y la JP alrededor de 800 militantes.

Las tareas de ayuda comunitaria se iniciaron en la localidad de "25 de Mayo" y cubrieron toda la zona centro-oeste de la provincia. El operativo se prolongó durante 20 días, en cuyo transcurso se acometieron estas actividades: 29 kms de limpieza y desagote; construcción de 1.200 mts de canales de desagües; colocación de 390 caños en cruces de calles; se refaccionaron escuelas; se prestó atención sanitaria a los pobladores, etc.

Se trabajaba durante el día y a la noche los jefes de ambos contingentes discutían y coordinaban las acciones del día siguiente.

Perón no asistió al acto de clausura (10). Por supuesto, sí acudió Carcagno en compañía de su plana mayor.

El suceso recibió ataques por derecha e izquierda. El diario La Prensa y la burocracia sindical coincidieron en sus denuestos, pero también -desde otro cuadrante ideológico- así se expresaba la revista "Militancia" que respondía a los grupos más radicalizados del peronismo:

"Y el hecho de referencia no aporta sino oscuridad al proceso político argentino,

porque el ejército represor, el ejército guardia pretoriana del sistema, el ejército que se adhirió del país en 1966 y nos impuso la dictadura más agobiante que hemos vivido, no ha cambiado en su esencia por el tono de un discurso ni por haber permitido graciosamente que en el país pudiera volver el peronismo al gobierno. el Ejército, guardia pretoriana del sistema, no deviene en ejército del pueblo por sólo una expresión de deseo de la JP" (11).

Aquí apreciamos en toda su dimensión las tensiones cruzadas que acosaban a Montoneros, impidiéndole claridad en su línea política para la nueva coyuntura.

Sin duda, el Operativo Dorrego marcaba un camino rico en posibilidades para articular nuevas alianzas; se requería gran entereza y lucidez para transitarlo con determinación y sin claudicaciones. Como veremos enseguida Montoneros no perseveró en una táctica que pudo cambiar el curso de los acontecimientos.

6.- LA ALTERNATIVA

Frente a las contradicciones desatadas al interior del movimiento peronista y el enfrentamiento irreversible con la derecha del arco político (ver capítulo decimotercero), la Organización estaba obligada a rediseñar su estrategia política.

La existencia dentro de las FFAA de sectores "peruanistas", "nasseristas", o como quiera llamárselos, ameritaba una política de alianzas más ambiciosa y sostenida; máxime, cuando esos núcleos progresistas contaban con fuerte representación en la mismísima conducción del ejército.

En todo caso, un acercamiento, decidido y sin dobleces, hacia los militares nacionalistas no implicaba un "sacrilegio" a la luz de la tradicional cosmovisión peronista, respecto de la cual los Montoneros se reivindicaban como fieles continuadores.

Según Rouquié (12):

"El militarismo no deja de estar presente en los partidos (...) el sueño del coronel propio es la fórmula de salvación política. Incluso el partido comunista ortodoxo pese al anticomunismo de las fuerzas armadas, se esfuerza por descubrir oficiales patriotas y progresistas. Encuentra a veces algunos como el general Rosas, rival de Onganía en los sesenta. Algunas veces toma por tales a ciertos gobernantes en uniforme porque según él representan un mal menor y, sobre todo,

tienen buenas relaciones con la Unión Soviética. En la extrema izquierda el modelo nasserista o, más cerca nuestro, peruanista se ha combinado con una interpretación revolucionaria del peronismo. También los marxo-peronistas y otros justicialistas de izquierda esperaron por bastante tiempo con cierta fe, la llegada de un nuevo coronel de los trabajadores quien daría el poder al pueblo”.

Desde fines de 1972, existieron contactos entre dirigentes montoneros y altos oficiales del ejército. (13)

Lo cierto es que a propósito de las evidencias sobre las dificultades de salud de Perón (ver capítulo decimocuarto) hubo una reunión secreta entre Carcagno y la conducción nacional de Montoneros en la que llegó a esbozarse un acuerdo:

Si Perón moría y su viuda respaldaba la legalidad, el ejército apoyaba. De lo contrario, en el supuesto de que Isabel allanara el camino al poder en favor de López Rega y su camarilla, el ejército lo impediría. Montoneros respaldaría el levantamiento.

Este hipotético acuerdo es comentado por Bonasso y Seoane. (14)

Fraga, si bien no explicita la existencia de un pacto semejante, adjudica a Carcagno intenciones que coinciden con aquél.

Para este autor, el pronóstico elaborado por el jefe del ejército era el siguiente:

“Perón difícilmente terminaría su período de gobierno por razones de salud. A su desaparición se produciría un vacío que debería ser llenado por el ejército y el peronismo a través de su ala más dinámica que eran los sectores juveniles, quienes serían los dueños del peronismo en el futuro. Por esa razón, era necesario establecer una alianza entre el ejército y la JP, para asegurar el futuro de la Nación y evitar que el país se precipitara en un caos tras la desaparición del Presidente” (15).

Montoneros visualizó la conveniencia de una alianza con el grupo de oficiales nacionalistas del ejército, pero sólo atinó a intentos tímidos y vacilantes en esa dirección, los que prontamente fueron abandonados.

En este sentido, se suscitaron hechos de extrema gravedad que erizaron la

piel de los militares en su conjunto, frente a los cuales Montoneros guardó silencio o realizó alguna declaración intrascendente por conducto de sus organizaciones de superficie.

Nos referimos al copamiento del Comando de Sanidad del ejército, y al secuestro del coronel Florencio Crespo, en ambos casos por parte del ERP.

En el primer caso, se confirmaban las palabras de Santucho en cuanto a que el ERP continuaría las acciones armadas contra “*el ejército opresor*”, con prescindencia de que el comandante de dicha institución ahora fuera un presidente democráticamente electo. Ello era un baldazo de agua fría para quienes conceptuaban que el retorno a la normalidad institucional apaciguaría a los grupos combatientes, al tiempo que -indirectamente- deslegitimaba los esfuerzos de Carcagno para imprimir otra orientación a la fuerza.

Pero además se sumaban dos ingredientes para estimular la ira de los uniformados; en primer lugar, la intentona erpiana había contado con la ayuda de un entregador -el soldado dragoneante: Hernán Invernizzi- que había facilitado el acceso de los incursores. En segundo término, en las acciones de recuperación de la unidad, los guerrilleros mataron al segundo jefe del Regimiento Patricios (encargado de la represión): Teniente Coronel Duarte Hardoy.

El segundo caso produjo consternación en la familia militar. Crespo era un ignoto oficial que viajaba cotidianamente de La Plata (donde residía) a Buenos Aires por razones de estudio. Como apunta Fraga (16): “*el secuestro generó dos hipótesis en el ejército. La primera era que se trataba de un blanco equivocado, producido por alguna confusión. La segunda, que hubiera sido elegido por la facilidad que brindaba el viaje diario a La Plata para el operativo de secuestro*”.

Obviamente, la segunda hipótesis expandía el pánico hacia todos los integrantes del ejército-estuvieran o no ligados a la lucha antisubversiva-, y ello los inducía a abroquelarse en contra de todo aquello que oliera a izquierda.

En definitiva, Montoneros debía asumir la nueva realidad. La situación que posibilitó su rápido despegue había dado un vuelco espectacular:

Los militares habían desalojado el gobierno que usurpaban, Perón estaba de regreso en el país pero abominaba de cualquier intento de implantar “el socialismo nacional”, la derecha política y sindical velaba las armas para arremeter

contra los sectores de izquierda del movimiento, el pueblo anónimo que había vivido un clima festivo y esperanzado, después de Ezeiza comenzaba a sumirse en la perplejidad y la desconfianza.

Observando el tablero político y los actores que en él interactuaban, solamente era factible acometer una alianza con los militares nacionalistas y el empresariado nucleado en torno a la CGE (17). Pero para tornarla viable eran necesarios gestos contundentes que reubicaran a Montoneros en el nuevo contexto.

Ello, cuando menos, suponía las siguientes conductas:

- Como condición necesaria aunque no suficiente, el cese de todo acto reñido con la legalidad formal (ataques a sindicalistas, secuestros, disturbios, etc.).
- Una enérgica condena a los atentados del ERP contra el Ejército, a efectos de despegar definitivamente su imagen pública de la organización trotskista (18).
- Pleno respaldo a la política económica del ministro Gelbard sintetizada en el "Pacto Social" con vistas a lograr estabilidad de precios y mejor rendimiento de los salarios.
- Aguardar los acontecimientos *"sin sacar los pies del plato"*.

Montoneros tenía el factor tiempo de su lado. Desgraciadamente, su propia impaciencia jugó a favor del adversario.

NOTAS

CAPÍTULO PRIMERO

- 1.- El intervencionismo americano en el "patio" trasero fue especialmente repudiable. México (1914-17); con anterioridad se habían forzado cesiones territoriales, incluyendo Texas. Cuba (1898, 1906, 1912, y 1917). Después de la Revolución castrista, se organizó y financió la invasión de anticastristas a Bahía Cochinos que fue finalmente repelida. Haití (1915-1934; y 1994). República Dominicana (1916-1924; 1965-1966). La intervención de los marines en 1965 impactó fuertemente en Argentina. Puerto Rico (1898), luego directamente anexada. Panamá (1903-1914). Aquí se desmembró parte del territorio colombiano para poder controlar libremente el canal interoceánico. Nicaragua (1909-1933). Guatemala (1954), también muy nombrada por los círculos izquierdistas argentinos, debido a cierta participación que le cupo a Ernesto Guevara en algún intento de defender el gobierno de Jacobo Arbenz. En mayo de 2003, EE. UU. incorporó a su historia oficial el papel que cumplió la CIA en el golpe de estado de 1954 que derrocó a Arbenz, circunstancia que venía siendo prolijamente omitida (ver diario *Ambito Financiero* del 16. 5. 03).
- 2.- "El orden político en las sociedades en cambio", Editorial Paidós, Colección Estado y Sociedad, Buenos Aires, 1987.
- 3.- La inestabilidad en Dominicana arranca con el asesinato de Rafael Trujillo en 1961, suceso descrito magistralmente en la novela de Mario Vargas Llosa: "La fiesta del Chivo", Editorial Alfaguara, Buenos Aires, 2002. En 1962 asume Juan Bosch con el 60% de los votos. Logra que el Congreso apruebe una constitución democrática y una reforma agraria moderada. Bosch es depuesto por un golpe militar en 1963 hasta que los oficiales progresistas, coroneles Hernando Ramírez y Francisco Caamaño Deñó recuperan el gobierno con vistas a volver a la constitución progresista de Bosch; en esas circunstancias se produce la invasión americana al amparo de la OEA, y pese a una resolución de condena del Consejo de Seguridad de la ONU.

